

VII

LAS ESTELAS EN EL MARCO DE LA INTENSIFICACION DE CONTACTOS COMERCIALES DURANTE EL BRONCE FINAL EN EL OCCIDENTE PENINSULAR. II. EL REGISTRO ARQUEOLOGICO DEL SUROESTE

INTRODUCCION

Como ya se ha expuesto, ante las grandes carencias del registro arqueológico del Bronce Final en el Suroeste tanto en lo referente al poblamiento y actividades económicas de la población como en el aspecto funerario, los materiales metálicos son prácticamente la única manifestación contemporánea a las estelas sobre la que es posible, por su relativa abundancia, establecer algunos puntos de apoyo en los que basar la interpretación general de lo que está sucediendo en este período en la región.

La dificultad de la interpretación de este tipo de registro arqueológico es manifiesta. Aparentemente los objetos de bronce tienen una repartición irregular sobre el territorio estudiado, pero creemos que en ningún caso caprichosa. Sin embargo, a la hora de buscar explicación a la existencia de elementos tan dispares como las hachas y armas de bronce y los tesoros áureos de tipo atlántico por un lado, y elementos de adorno y de prestigio de tipo mediterráneo en momentos precoloniales por otro, se hace difícil aceptar que pueda existir una explicación común a su entrada en el registro, aun cuando parece claro que todos ellos pertenecían a las mismas gentes.

El estudio de estos materiales y su integración en las principales corrientes comerciales del occidente europeo y del Mediterráneo, ya ha sido realizado por diferentes autores, tanto para los procedentes del mundo Atlántico (Ruiz-Gálvez, 1984 y 1986; Coffyn, 1985), como para lo que parecen provenir del Mediterráneo (Almagro Gorbea, 1989) por lo que no se trata aquí de realizar una mera reunión de los materiales existentes, sino de intentar llegar más allá y explicar su localización y la lógica que la rige desde una perspectiva social y comercial. Con ello aspiro a que resulte más fácilmente comprensible la explicación que hago de las estelas.

MATERIALES DEL BRONCE FINAL ATLANTICO

La dispersión general (fig. 18)

A partir de los inventarios de hallazgos del Bronce Final realizados por diferentes autores a escala regional

o peninsular (Monteagudo, 1977; Ruiz-Gálvez, 1984; Coffyn, 1985; Fernández Manzano, 1986; Meijide, 1988), con aportaciones posteriores de piezas aisladas tenemos hoy un conjunto suficientemente numeroso de materiales para realizar un análisis de su distribución en el Suroeste y extraer algunas conclusiones sobre sus patrones de deposición.

Podremos apreciar fácilmente diferencias regionales en la composición de los hallazgos, que sin embargo presentan una cierta unidad de conjunto debido a dos características que diferencian este área del resto de la fachada atlántica peninsular:

1. En primer lugar, sorprende, en comparación con el Noroeste, la escasez de hachas y otros útiles, que allí resultan claramente mayoritarios, y aquí escasamente representativos (véase la distribución de hachas que muestran los diversos mapas de Monteagudo).

2. En segundo lugar, se aprecia un mayor predominio de armas, y fundamentalmente espadas, así como una notable concentración de orfebrería, la mayor del Bronce Final en toda la Península (Ruiz-Gálvez, 1988 y 1989b; Perea, 1991).

Estas dos circunstancias parecen indicar que el Suroeste juega en este momento un papel muy diferente al del Noroeste dentro de la red de relaciones atlánticas del Bronce Final.

Sin duda ello ha de ser también matizado por regiones en el interior del propio Suroeste. En Extremadura y las Beiras interiores parece lógico que se produjese un fenómeno de cruce de influencias, dada su estratégica posición, mientras en el Sur de Portugal los tipos hallados indican una clara relación con los del Centro-Norte de Portugal (Coffyn, 1983 y 1985). En el Valle del Guadalquivir, por el contrario, sólo parecen tener aceptación los elementos de prestigio (espadas y armas en general) cuyos contextos de aparición suelen ser igualmente simbólicos, en particular los localizados en las aguas (Ruiz-Gálvez, 1982).

Parece prudente, pues, empezar realizando una distinción entre los diferentes elementos presentes y matizar su distribución peculiar en los diferentes contextos regionales. Lo primero porque su deposición sigue patrones distintos (Bradley, 1988 y 1990), lo que lleva a pensar que puedan estar indicando cosas diferentes. Lo

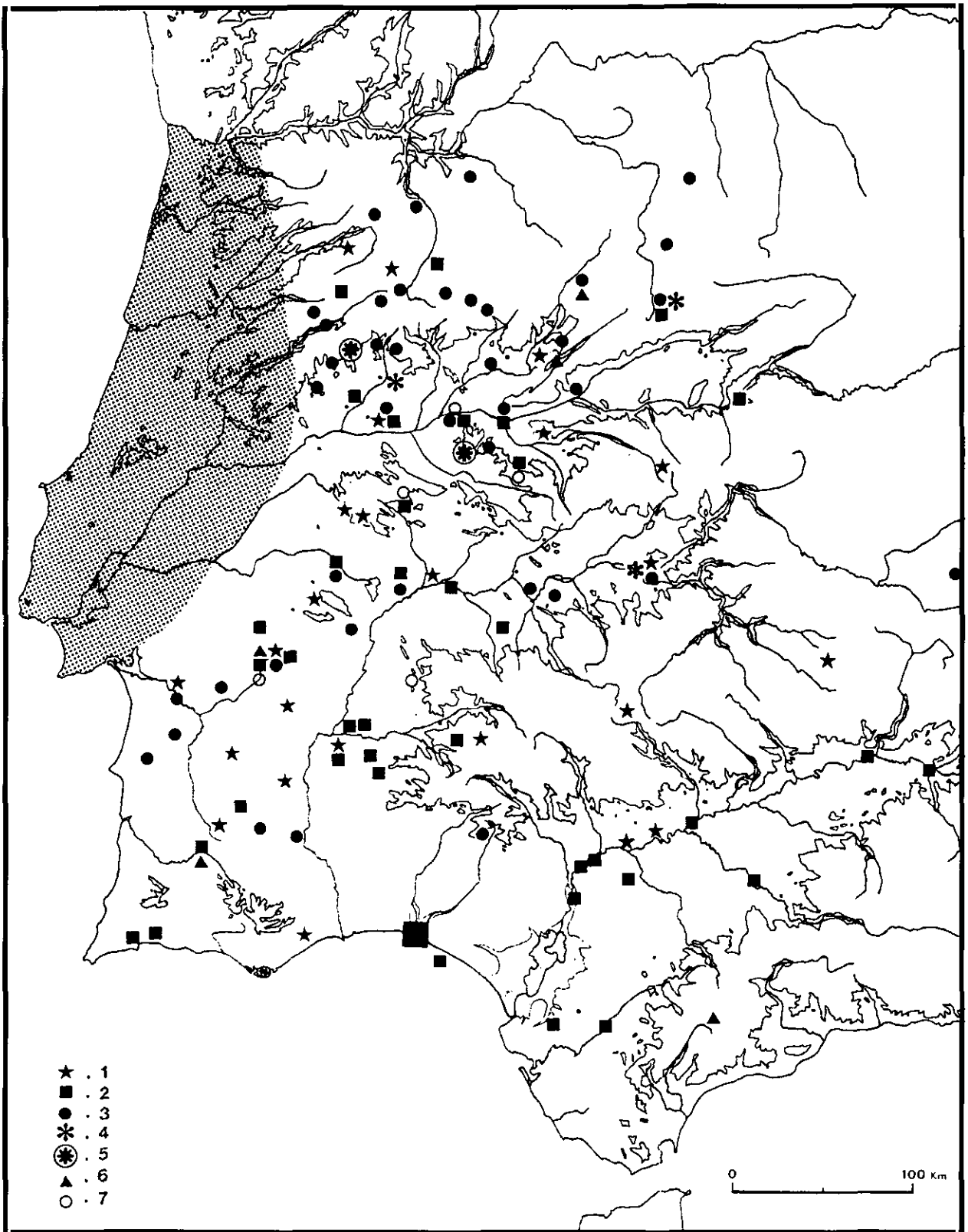


Fig. 18.—Dispersión general de materiales del Bronce Final Atlántico en el Suroeste peninsular: 1. Orfebrería; 2. Armas; 3. Hachas y hoces; 4. Asadores; 5. Depósitos Complejos; 6. Moldes; 7. Otros hallazgos. Para el Centro de Portugal (área punteada), véase Coffyn, 1983.

segundo debido a la diferente composición relativa de la evidencia en cada zona considerada.

Los útiles: Las hachas y su contexto

A nivel general, constituyen el elemento más ampliamente representado en todo el Bronce Final Atlántico peninsular, si bien su concentración más importante, como hemos dicho, se produce en el Noroeste (Galicia, León, Asturias y Norte de Portugal). También es posible apreciar variantes regionales dentro de los tipos, cuya diversidad, más que indicativo cronológico, y dado que no está condicionada por una función diferenciada, debe ser entendida en el sentido de patrones regionales de fabricación e intercambio al no ser, durante esta época, elementos primariamente de prestigio (Bradley, 1990; Ruiz-Gálvez, 1991).

Muchos tipos tienen una circulación restringida a un ámbito cultural específico, como las hachas de cubo y anillas o las de talón monofaces, ambas propias del Centro de Portugal (Coffyn, 1983), por lo que su aparición fuera de su marco regional debe explicarse en el seno de relaciones entre esa región y otras áreas.

Analizando su dispersión regional, cabe apreciar su práctica ausencia en el *Valle del Guadalquivir*, con excepción de un molde para hachas de apéndices que Coffyn (1985) sitúa en Puebla del Río (Sevilla) y dos ejemplares aislados en Huelva. Sin embargo una notable concentración se detecta en la zona del Guadiana Menor-Hoya de Baza, camino natural entre el Guadalquivir y las costas del Sureste peninsular.

En el *Sur de Portugal* podemos situar algunas hachas de talón, junto con escasas hachas de cubo y monofaces, que muestran una clara relación con el centro de Portugal. De otro lado, la aparición de unas cuantas hoces tipo Rocanes, también asociables al centro portugués, ratifican esa relación directa, que en cualquier caso estaba ya planteada por la similitud de sus materiales cerámicos (Schubart, 1971 y 1975, Almagro Gorbea, 1977).

Extremadura y el Centro interior de Portugal presentan el caso más interesante. Al tratarse de una intersección de caminos, la procedencia de los materiales podría ser diversa y mostrar así relaciones diferentes. Además presenta el mayor peso porcentual en cuanto a la presencia de hachas y útiles en el Suroeste.

Pero una consideración detenida de los hallazgos y sus localizaciones es interesante para ver su comportamiento real.

En primer lugar los tipos más característicos del Centro-Norte portugués son aquí desconocidos, si bien en las Beiras los hay en escaso número, como prolongación del foco portugués y el único ejemplar monofaz extremeño, proveniente del pseudo-depósito de Badajoz es de procedencia insegura, dado que procede del comercio de antigüedades (Almagro Gorbea, 1977: 67).

En segundo lugar los tipos representados están más claramente relacionados con ejemplares del Noroeste peninsular (Díaz Andreu, 1988), siendo fundamentalmente hachas de talón con una o dos anillas y hachas de apéndices.

Pero tan importante como ello es que los lugares don-

de se han localizado la mayor parte de las hachas extremeñas se relacionan con zonas de paso, y en particular con los puertos de las Sierras de Gata y Gredos, y con los vados del Tajo y del Guadiana, con una rarefacción progresiva hacia el Sur. Igual sucede en el interior de Portugal, concentrándose en las estribaciones de la Sierra de Estrella.

Tal y como están distribuidas, parece posible pensar en dos posibles significados:

1. Que sean muestra del paso por esos caminos de gentes que trajeron esa metalurgia, que los lugareños fueron adquiriendo y fabricando a partir de ellos.
2. Que fueran entregadas por gentes provenientes de la Meseta Norte en su camino hacia Extremadura o el Suroeste a modo de peaje o portazgo por el derecho de paso a los grupos que controlaban esos lugares.

Ambas posibilidades pudieran tener argumentos a favor y en contra de su elección. Respecto a la primera, cabe pensar que las gentes que bajasen fueran las gentes de Cogotas I, cuya cerámica sí aparece en Extremadura y en Andalucía, y a los que se ha considerado tradicionalmente como pueblos ganaderos que podían estar transhumando al Sur en busca de pastos para su ganado, si bien esta interpretación debe ser hoy matizada (Delibes y Romero, 1992).

Pero la metalurgia atlántica raramente aparece asociada con claridad a restos de esta cultura, que parece más bien conservar tipos heredados del Bronce Pleno (Fernández Manzano, 1986; Delibes y Fernández Manzano, 1991; Delibes y Romero, 1992), por lo que es dudoso que los lugareños la pudiesen haber adquirido de ellos. Además carecemos de indicios de su fundición en la zona extremeña.

Respecto a la segunda opción, aunque actualmente no podamos detectar con seguridad un paso regular de gente a través del Sistema Central en esta época —si bien es cierto que ciertas relaciones pueden rastrearse al menos desde época megalítica (Galán y Martín, 1991-92)— y no tengamos datos de pesos y medidas que nos indiquen una estandarización compatible con el uso de tales piezas como alguna clase de moneda en esta época, me parece en principio la respuesta más cercana a la distribución que presentan. Así pues, a pesar de esas carencias, si las estelas fueron, como proponemos, parte de un primer intento de demarcación territorial, y puesto ellas mismas aparecen también en esos puertos del Sistema Central en los que se concentran los hallazgos de hachas, parece lógico pensar que se estuviese controlando el paso de esas sierras, tanto como el de los vados de los ríos.

Nuevamente nos topamos con nuestro desconocimiento de las relaciones Cogotas I/metalurgia atlántica, o si, tal vez, eran gentes del Norte de León o Galicia las que bajaban por estos caminos, ya que los tipos representados parecen proceder de allí y se detecta un claro empobrecimiento de hallazgos metálicos hacia el Sur de la cuenca del Duero, reapareciendo los hallazgos sólo en las estribaciones septentrionales del Sistema Central (Fernández Manzano, 1986: fig. 46). En cualquier caso hay que resaltar que la mayor parte de las piezas aparecidas entre el Duero y el Sistema Central son materiales

rotos y reutilizados (Peñaranda de Bracamonte) o simples fragmentos (Tejado, Fuenteliante). Además en Linares de Riofrío se hallaron dos moldes para fundir hachas de talón y anillas, que cabe pensar fueran traídos con objeto de fundir las piezas necesarias durante el viaje, o que correspondan a un metalúrgico local que está instalado y fundiendo expresamente con ese fin. Además Linares de Riofrío se localiza en la entrada Norte del camino que, a través de las Hurdes, cruza el Sistema Central, en una zona en la que podemos situar abundantes hallazgos a todo lo largo de la Edad del Bronce, en especial las numerosas estelas antropomorfas del grupo Hurdes-Gata (Bueno, 1987, Sevillano, 1991), y en cuya salida meridional se encuentra Hernán Pérez (Almagro, 1972).

En cualquier caso, y en toda la región, las hachas no parecen localizarse preferentemente en lugares de hábitat, si bien los desconocemos en gran medida, y no parece que hayan sido realmente útiles, al menos en Extremadura. También en el Sur de Portugal, donde conocemos algunos yacimientos más, se hallan frecuentemente dientes de hoz y útiles líticos, lo que hace pensar que la presencia de piezas metálicas es apenas emblemática o tiene valor por el propio metal.

En Andalucía, ni siquiera con la adopción generalizada del hierro encontramos útiles metálicos (Escacena, 1989: 455 y nota 172), por lo que hay que pensar que los de bronce nunca se generalizaron ni tuvieron un uso práctico, a pesar de ser conocidas en todo el Sur peninsular desde el Bronce Antiguo (recuérdense los ajuares de las tumbas argáricas o las representaciones en las losas alemtéjanas), si bien asociadas a la idea de emblema u objeto de prestigio.

Si ponemos todos estos datos en relación, la visión que obtenemos no difiere mucho del resto de la Europa atlántica. Recientemente Bradley (1988 y 1990), ha insistido en la diferente significación que tienen los depósitos de útiles frente a los de armas o adornos, con patrones y lugares de deposición diferenciados. En este sentido, hemos de ver las hachas del Suroeste como elementos fuera de su ámbito normal de circulación, lo que implica una pérdida de su valor original para adquirir otro distinto, ahora como reservas de metal junto a otros restos de piezas (por ejemplo, el depósito de Castelo Novo en Ervedal, Ruiz-Gálvez, 1984: 163), e incluso como patrones estándar de valor, como se admite ya para las hachas armonicanas (Briard, 1985: 175-7, *Ibidem*, 1991: 68-71, Rivallain, s.a.: 125-30). Constituyen, en definitiva, una demostración del funcionamiento de las esferas de intercambio que describimos en el capítulo anterior.

Desde luego, en este último sentido muy bien podríamos ver las hachas extremeñas, por su localización, como una forma de tributo formalizado en zonas de paso obligado, como puertos de montaña y vados, en una región en la que, aun no careciendo de recursos naturales, la explotación metalúrgica en esta época no ha dejado rastros apreciables.

Además, estos puertos y los puentes posteriormente tendidos sobre los antiguos vados son los mismos lugares donde siglos después se cobraban o fijaban los impuestos derivados del tráfico de ganados y mercancías (Uriol, 1990; García Martín, 1990), al ser necesario

atravesarlos para realizar cualquier itinerario Norte-Sur por la región.

Finalmente cabe recordar que es precisamente en esta zona donde tenemos los más claros indicios de que las estelas representan a grupos locales con una organización jerárquica interna coherente.

Parece posible, además, que la misma explicación pudiera aplicarse a los depósitos metálicos hallados en el Sureste (depósitos de Campotéjar y Baza), a veces mezclados con otros de tipología centroeuropea (Arroyomolinos), que se localizan en las vías de paso obligado entre el Valle del Guadalquivir, donde sin embargo no las hallamos, y la costa mediterránea, donde hoy ya conocemos una estación metalúrgica de clara raigambre atlántica en Crevillente (González Prats, 1989 y 1990; Ruiz-Gálvez, 1990; González Prats y Ruiz-Gálvez, 1989).

Las espadas y las armas

Este tipo de materiales presentan una distribución totalmente opuesta a la de las hachas y útiles. Prácticamente constituyen la totalidad de los hallazgos en el valle del Guadalquivir, y tienen un peso elevado en el resto de las zonas.

En el Valle del Guadalquivir su aparición está además ligada reiteradamente a ofrendas fluviales (fig. 19), que en general se localizan en puntos muy determinados de los ríos, concretamente en aquellos puntos donde éstos son vadeables (Alcalá del Río, Mengíbar, Los Castellares...), al igual que sucede en Extremadura (Alconétar), o en los estuarios de entrada a tales ríos (depósito de la Ría de Huelva).

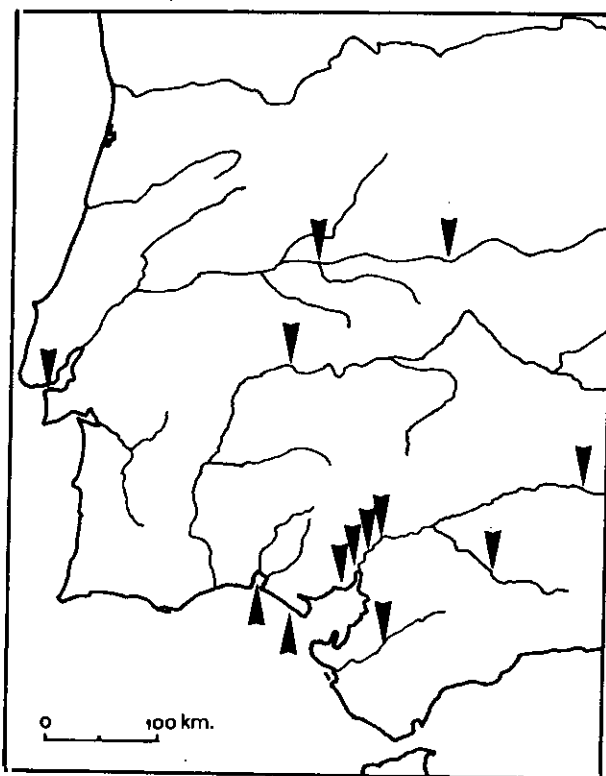


Fig. 19.—Armas arrojadas a las aguas en el Suroeste peninsular.

Los tipos representados son tanto pistiliformes como en lengua de carpa, si bien estos últimos tienen una mayor presencia y dispersión. Igualmente aparecen tipos locales como los puñales Porto de Mos, con centro en Portugal y débil extensión hacia el Sur y el interior peninsulares.

Otras armas representadas son fundamentalmente puntas de lanza y regatones, a veces hallados en los ríos, pero más frecuentemente en tierra, tanto aislados como en depósitos como el de Cabezo de Araya (Almagro, 1961), y algún ejemplar de casco en la Ría de Huelva.

Por su significado simbólico y la frecuencia de su representación en las estelas, las armas constituyen uno de los elementos más interesantes de contrastación arqueológica de éstas y, como vemos, su distribución y contexto está frecuentemente ligado a creencias y ritos de tradición atlántica, que en distintas zonas del occidente europeo perdurarán incluso en la Edad del Hierro y aún después (Ruiz-Gálvez, 1982; Thomas, 1989; Bradley, 1990). Por otro lado, no conocemos espadas o armas de ningún tipo mediterráneo datables en esta época en la Península.

Respecto a los escudos de escotadura en V, elemento central de la mayoría de las estelas, ninguno se ha documentado en la Península aunque se puede pensar en su ofrenda a las aguas, reiteradamente documentada en la Europa atlántica, tanto de piezas de cuero, posiblemente utilitarias como el de Clonbrin (Almagro, 1966: 163), como de ofrendas votivas en bronce como las al menos catorce piezas del depósito de Fröslunda en Suecia (Hagberg, 1988), posiblemente amortizadas en una misma ocasión.

La orfebrería

El Suroeste acumula la mayor parte de los hallazgos de orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica, y no solamente en número de ejemplares, sino también, y muy significativamente, en peso (Perea, 1991).

Este numeroso conjunto ha de ser explicado tanto desde una vertiente natural —accesibilidad del material y facilidad de extracción— como desde una óptica interpretativa —su significado en el seno de las sociedades de la región.

En cuanto a la primera, no cabe duda que en el Suroeste el oro es disponible en determinadas zonas, y en algunas de ellas fácilmente extraíble al encontrarse en aluviones. Tal es el caso del Tajo y sus afluentes, reputados desde la Antigüedad como ríos auríferos, y en particular de la zona de las Hurdes, en la que hay una notabilísima concentración de estelas antropomorfas, presumiblemente adornadas con joyas áureas (Berrocal, 1987b). En el Valle del Guadalquivir el oro es conocido en la zona de Peñaflo y en Huelva y Sur de Portugal acompañando al cobre en el cinturón pirítico del Suroeste (IGME, 1972).

Es en la primera zona donde hemos de fijarnos, tanto por su facilidad de extracción, pues no en vano se ha dicho que posiblemente todo el oro prehistórico de la Península procede de los placeres auríferos (Sánchez-Palencia y Pérez, 1989: 21), como porque es en sus alrededores donde encontramos las mayores concentraciones

de tesoros áureos, mientras en el Guadalquivir su presencia es bastante escasa.

Desde la segunda perspectiva, la de su valor para la sociedad en la que se crearon, parece obvio decir que se trata de objetos apreciados por el material en que están realizados, y por tanto, no difieren mucho de sus versiones actuales. En cambio cabe pensar que su utilización contenga un simbolismo muy diferente a la ostentación actual, y que las ocasiones de uso de joyas tan pesadas (2,3 kg el torques de Portel, casi 2 kg los de Sagrajas y Penela, alrededor de 1 kg Berzocana 1 y el brazalete de Estremoz, etc.) no serían numerosas, pero sí significativas.

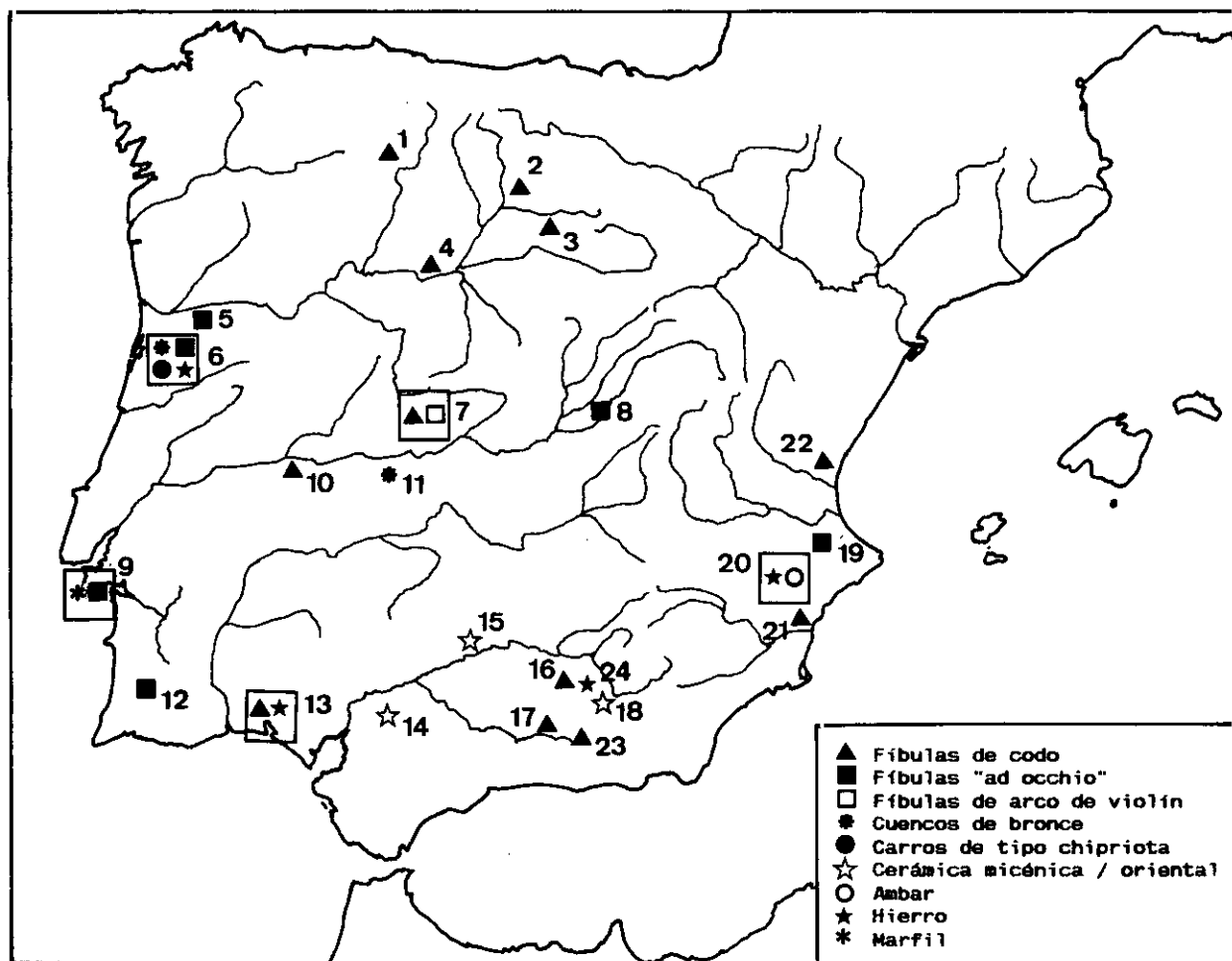
Esos enormes pesos hacen que el valor intrínseco de la orfebrería del Bronce Final haya de ser considerado al alcance de muy pocos. Si el promedio de oro extraído en esta región era similar al de los placeres gallegos, donde una persona podía obtener entre 12 y 14 gramos por campaña estival (Sánchez-Palencia y Pérez, 1989: 23), un torques medio como el de Berzocana 1 habría requerido el trabajo de unas 75 personas y uno tan pesado como el de Sagrajas de unas 150, lo cual nos habla de un cierto grado de control del trabajo en estas comunidades.

Un paralelo antropológico muy cercano y que podemos aprovechar es el de la joyería popular, en el que tales ostentaciones de riqueza se realizan con ocasión de compromisos matrimoniales, y constituyen parte de la dote de la mujer (Fernández Montes, 1992: 275-9). Esta explicación, y la relación de la aparición de estos tesoros con cambios en el seno de las sociedades de la Edad del Bronce en la fachada atlántica peninsular ha sido recientemente planteada (Ruiz-Gálvez, 1992a) y puede muy bien combinarse con la evidencia que aportan las estelas diademadas que acompañan a las denominadas de guerrero.

Verosímilmente las estelas diademadas representan una imagen de la mujer rodeada de su particular panoplia de objetos valiosos, entre los que destacan las figuraciones de lo que parecen diademas y collares. Si, como proponemos, las estelas diademadas son la prueba de intercambios de mujeres, parece lógico pensar que el aderezo que portan en ese «retrato oficial» que es la estela sea parte de su dote, y de ahí tal vez el elevadísimo peso de los tesoros áureos del Suroeste, reserva de valor que acompaña a la mujer al matrimonio y constituye su patrimonio particular.

De ahí quizás también ese parecido entre lingotes y producto final elaborado que aprecia Perea (1991) en la orfebrería del Suroeste, pues gran parte del valor del torques o brazalete es debido a la materia prima en que está realizando (Gaimster, 1991).

Su dispersión podría confirmar esta teoría, puesto que tendría que tratarse de intercambios fronterizos, para garantizar la paz y estabilidad de los territorios, amén de establecer o fortalecer alianzas (Ruiz-Gálvez, 1988). Esperaríamos pues encontrar estos tesoros, o sus representaciones en las estelas diademadas en zonas que por su carácter o configuración resultasen delimitadoras de posibles espacios territoriales, como de hecho parece suceder genéricamente en la región donde se sitúan las estelas, aunque el mayor énfasis en la deposi-



1. Mansilla de las Mulas
2. Provincia de Burgos
3. Silos
4. San Román de la Hornija
5. Castro de Santa Luzia
6. Castro de Nossa Senhora da Guia
7. El Berrueco
8. Perales del Río
9. Roça do Casal do Meio
10. Cerro de la Muralla
11. Berzocana
12. Nossa Senhora da Cola

13. Ría de Huelva
14. Carmona
15. Llanete de los Moros
16. Necrópolis de Cerro Alcalá
17. Cerro de la Mora
18. Cuesta del Negro de Purullena
19. Mola d'Agres
20. Villena
21. Peña Negra
22. Museo de Valencia
23. Cerro de la Encina de Monachil
24. Campotejar

Fig. 20.—Dispersión de materiales de origen mediterráneo y cronología precolonial en la Península Ibérica.

ción de estos tesoros corresponde al Sur de Portugal, donde no poseemos la referencia de las estelas para aseverar esta localización.

Cabe destacar igualmente los lugares de aparición de estos materiales, generalmente también ligados a zonas de paso, vados (Sagrajas, Alange, Orellana la Vieja) o puertos de montaña (Berzocana, Bodonal, Bélmez), lo que parece casar bien con lo aquí propuesto.

MATERIALES MEDITERRANEOS PRECOLONIALES

En un reciente trabajo Almagro Gorbea (1989) defendía la visión de las estelas del Suroeste como demos-

tración de la existencia de un proceso protocolonial en el que incluso podría fijarse una cronología de llegada a cada uno de los elementos representados.

Sin embargo, basta una mirada al mapa de dispersión de los elementos orientalizantes de cronología precolonial que se conocen en la Península para darse cuenta que, una vez restadas las representaciones en las estelas, el conjunto pierde la mayor parte de sus representantes, tanto en número como en tipología, puesto que ni escudos, carros, instrumentos musicales o cascos de cuernos han sido hallados en la Península con esa cronología (fig. 20).

Ello no quiere decir que pueda negarse la existencia de una fase precolonial, pero tampoco parece aceptable

sin más argumentos que las representaciones en las estelas puedan equipararse a objetos reales, una vez establecido que no se trata de tumbas y que las representaciones parecen responder a motivos geográficos tanto o más que cronológicos.

Por otro lado el que muchos de los pocos elementos precoloniales existentes en nuestro suelo se asocien a materiales reconocidamente atlánticos, como las fibulas de la Ría de Huelva, el cuenco de Berzocana o el soporte con ruedas de tipo chipriota del depósito de Baiões, significa a mi entender que son elementos integrados en las formas de pensamiento de las élites locales, y no la fuente de una transformación en las mismas.

En otro aspecto, sin embargo, estoy completamente de acuerdo, y es en que los elementos existentes, e incluso los figurados, deben entenderse por su valor como objetos de prestigio, alejados de la órbita del mundo cotidiano. Pero eso es algo igualmente propio de las élites indígenas, y puede ser resultado de un proceso de filtrado de las influencias foráneas como indica Sherratt (e.p.), característico de las áreas marginales. Naturalmente habría que saber si son sólo estas élites las que se adquieren lo que desean de un muestrario más amplio, o son los comerciantes mediterráneos los que sólo venden aquello que con seguridad va a tener salida en el mercado occidental.

Por otro lado la propia dispersión de los hallazgos, aparte de concentrarse fundamentalmente en zonas periféricas, lo que parece lógico, deja un vacío llamativo en el Suroeste, donde las estelas parecen mostrar que tales objetos eran apreciados por las élites locales.

Más curioso es, sin embargo, el relativamente elevado número de fibulas de codo aparecidas en la Meseta Norte, una zona recordemos, caracterizada por una metalurgia retardataria y donde, además, no aparece ningún otro objeto de procedencia mediterránea relacionable con las mismas. La lógica parece imponer que los ejemplares meseteños, aun si son de fabricación indígena, tengan su origen en el Suroeste peninsular, pero lo cierto es que, salvo en el depósito de la Ría de Huelva y en algunos yacimientos de la Alta Andalucía, las fibulas están prácticamente ausentes de la región.

A partir del siglo VIII a. C., con las colonias fenicias ya instaladas en el Sur de la Península, la distribución de los materiales orientalizantes se amplía en el Suroeste. Jarros y braseros de bronce, objetos de marfil y de orfebrería, estelas epigráficas y cerámicas de barniz rojo son los objetos más comunes. Todo el Valle del Guadalquivir, así como el tramo extremeño del Guadiana y la franja costera portuguesa entran a formar parte directamente o como hinterland de esa entidad que conocemos por Tartessos. Sin embargo las tierras interiores del Centro de Portugal y la Alta Extremadura española muestran un vacío casi absoluto de hallazgos de este tipo.

Parece, a la vista de esta dispersión, que las zonas que con más asiduidad muestran durante el Bronce Final la presencia de objetos de metalurgia atlántica han quedado ahora relegadas a un segundo plano, quizás porque la reorientación de las redes comerciales hacia Huelva y el Bajo Guadalquivir ha dejado sin sentido las vías tradicionales por las que se movía el comercio en época precolonial. Quizás también porque los nuevos valores que

portan los colonizadores fenicios y que van paulatinamente aculturando a gran parte del Mediodía peninsular no tienen la misma acogida en las tierras del interior, donde el contacto no es tan directo.

A fines del siglo VII a. C. la aparición del rico tesoro de Aliseda (Almagro Gorbea, 1977) en pleno centro de una región donde los aportes orientalizantes eran inexistentes tal vez haya que ponerla en relación con la reapertura de esas vías en desuso desde el final de la Edad del Bronce. Si, como se ha supuesto, las joyas y el equipo suntuario que las acompaña en el tesoro corresponden al ajuar de una mujer de alto rango y de procedencia meridional (Ruiz-Gálvez, 1992b; Ruiz-Gálvez y Galán, 1991), es posible que estemos ante una nueva formulación, esta vez bajo la forma de un registro funerario de tipo tradicional, de la misma idea anteriormente representada por las gentes de la región en las estelas diademadas. Nuevamente los lazos comerciales, fortalecidos por los del parentesco a través del intercambio de mujeres, pueden haber abierto un área, hasta entonces cerrada, a los nuevos tiempos.

ESTELAS Y OBJETOS. UNA COMPARACION DE SU DISPERSION EN EL SUROESTE

Concordancia y discordancia

Viendo el mapa de dispersión de ambos términos de la comparación salta a la vista que su complementariedad no es exacta. Gran parte de las estelas, situadas en la zona oriental de Badajoz, en Ciudad Real o Toledo, apenas pueden relacionarse directamente con metalurgia atlántica. En el Valle del Guadalquivir existen ambas, pero territorialmente contrastadas: las estelas en la campiña y los bronceos en el río.

La zona de correspondencia más acusada es la Alta Extremadura y, en general la parte occidental, donde encontramos numerosos hallazgos de bronceos y de estelas.

Es sintomática, haciendo referencia a lo antes expuesto, la posición periférica que los tesoros áureos presentan respecto al conjunto de los materiales carteados. Ello refuerza su interpretación como materiales de intercambio que circulan alrededor de las áreas fronterizas entre los diferentes grupos de «cultura» atlántica. Es el mismo caso de las estelas diademadas, por lo que probablemente estemos ante la plasmación arqueológica de intercambios de mujeres en el Bronce Final peninsular, como parte de los mecanismos de equilibrio en las alianzas entre entidades vecinas.

Valor real y valor figurado

Pero lo cierto es que una parte importante del fenómeno de las estelas queda fuera de la dispersión principal de materiales atlánticos, lo que sin duda ha de ser explicado en su contexto.

Resulta igualmente llamativo que sean las estelas con menor complicación formal las más directamente ligadas a los elementos que en ellas se representan, mientras

algunas de las más complejas parecen estarlo en bastante menor medida. Ello, más que la tipología, nos indica claramente el origen y valor de estas representaciones.

Si buscamos un caso similar al que ahora nos ocupa, podemos encontrarlo en el mismo seno del mundo atlántico. En efecto, el fenómeno tiene un claro paralelismo con el arte nórdico. Este consiste en una serie de manifestaciones artísticas, grabadas en las rocas de determinadas regiones de Dinamarca, Suecia, Noruega y Finlandia (Malmer, 1981). Sus temas principales incluyen barcos, símbolos, figuras humanas y, destacablemente, objetos de metal, representados a escala real y en ocasiones formando parte de escenas de ofrenda. Almagro Basch ya recogió algunos grabados como paralelos a los de las estelas al realizar su corpus (1966: 189-90).

Su interpretación, a partir de los trabajos de Malmer (1981 y 1989), recogidos por Bertilsson (1989) y Bradley (1990), destaca la discordancia entre estas representaciones rupestres y la existencia de materiales metálicos reales que, sin embargo, sí son frecuentes en regiones vecinas. Así, proponen que los grabados son ofrendas sustitutorias de los objetos reales que, por su escasez en una región que depende enteramente del abastecimiento de metal exterior, no pueden ser amortizados. Entre esos objetos grabados hay todo tipo de armas y objetos emblemáticos, incluyendo carros de caja liriforme y muy similares a los de las estelas.

Del mismo modo es concebible que hayan funcionado las estelas, y ello explicaría incluso la complejidad formal

de las mismas y lo exótico y valioso de los elementos representados en áreas aparentemente marginales y su constante aparición cercana a cursos de agua, que son los lugares apropiados para realizar las ofrendas.

Todo ello no deja de ser una hipótesis, pero explica también la pronta incorporación al repertorio iconográfico de las estelas de elementos procedentes del ámbito mediterráneo, apreciables por su exotismo y significado social de prestigio, aun si nunca fueron poseídos por quienes erigieron las estelas.

En este sentido, las estelas pueden ser interpretadas como una manifestación marginal al área propiamente atlántica, que tiene como foco más cercano el del centro de Portugal, y con el significado de reivindicar la pertenencia de esos grupos al mismo mundo cultural de la fachada atlántica. Ello explica también que algunos de estos monumentos se hayan localizado tan lejos de su área original, a través de las mismas vías por las que se desplazaban los productos de la metalurgia atlántica (Ruiz-Gálvez y Galán, 1991) y que en su formulación amalgamen elementos de distinta procedencia pero con la característica común de su alto valor social, caso de la estela de Luna por ejemplo.

Pero, a diferencia del arte nórdico, las estelas parecen haber desarrollado un lenguaje más complejo y capaz de transmitir toda una serie de mensajes a aquellas gentes que se desplazan por las tierras interiores del Suroeste peninsular, un lenguaje que transmite ideas de posesión territorial a la vez que expresa relaciones sociales.